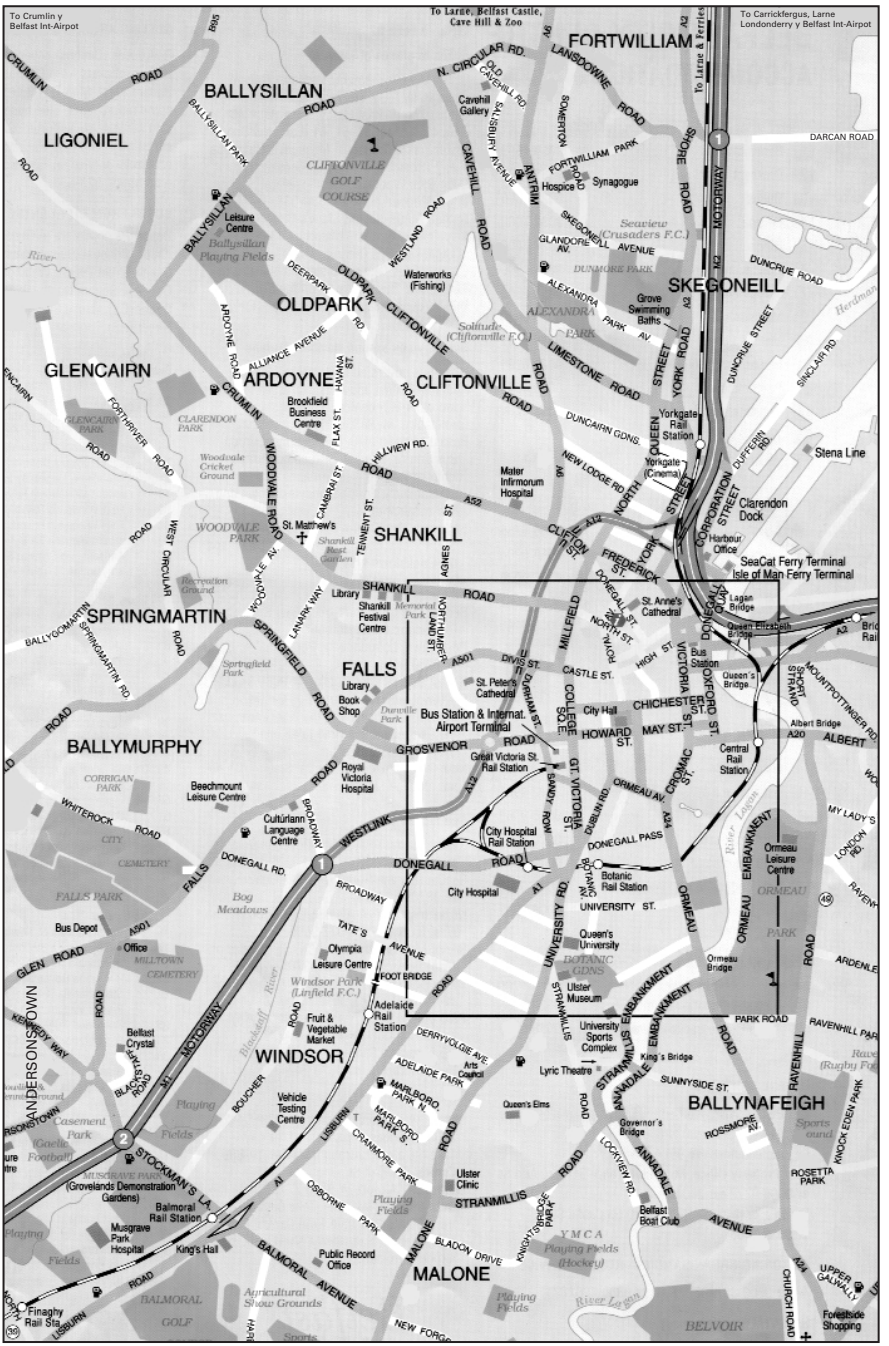

Rogelio
Alonso
LA PAZ DE
BELFAST
alianzaensayo

LA PAZ DE BELFAST



Mapa de la ciudad de Belfast
Reproducido con autorización del Northern Ireland Tourist Board.
© NITB 2000

Rogelio Alonso

LA PAZ DE BELFAST

Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Edición electrónica, 2014
www.alianzaeditorial.es

© Rogelio Alonso Pascual, 2000
© Alianza Editorial, S. A. Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
ISBN: 978-84-206-6875-8
Edición en versión digital 2014

ÍNDICE

LISTADO DE SIGLAS 9

PRÓLOGO 11

1. Otoño de 1993: el comienzo del viaje interior 15
2. Septiembre de 1994: dos países, dos mundos diferentes 19
3. Septiembre de 1994: Belfast 23
4. Otoño de 1994: en busca de la normalidad 34
5. Diciembre de 1994/enero de 1995: primeras Navidades en paz 44
6. Febrero de 1995: ganar tiempo para la paz 56
7. 20 de marzo de 1995: Bernadette Devlin 64
8. Abril de 1995: la Pascua republicana 69
9. Mayo de 1995: presos y proceso de paz 76
10. Verano de 1995: un caliente y largo verano 83
11. Agosto de 1995: los desaparecidos (I) 93
12. Agosto de 1995: la paz armada 99
13. Agosto de 1995: las dos Irlandas derriban barreras 106
14. Agosto de 1995: aniversarios 110
15. Noviembre de 1995: la visita de Clinton 117
16. Invierno de 1995: preparados para la paz, listos para la guerra 123

17. Enero de 1996: ¿quién mató a Gino Gallagher? 130
18. 9 de febrero de 1996: Belfast vuelve a temblar 135
19. Primavera de 1996: la herida sigue abierta 143
20. Verano de 1996: asomarse al abismo 164
21. Otoño de 1996: Gerry Adams 176
22. Invierno de 1997: ¿año nuevo, vida nueva? 188
23. Febrero de 1997: el «topo» 199
24. Primavera de 1997: limpieza étnica a la irlandesa 205
25. Verano/otoño de 1997: la segunda oportunidad 212
26. Invierno de 1998: la muerte golpea el diálogo 221
27. Enero de 1998: de vuelta al ritual de la muerte. 230
28. Abril de 1998: carrera contrarreloj 236
29. Abril de 1998: el acuerdo de Belfast 244
30. Mayo de 1998: sí o no al futuro 251
31. Mayo de 1998: el tortuoso camino del olvido 258
32. Mayo de 1998: deporte y reconciliación 265
33. Del 4 al 12 de julio de 1998: el sitio de Garvaghy Road 270
34. Del 4 al 12 de julio de 1998: el sitio de Drumcree 277
35. Del 12 al 13 de julio de 1998: fiesta protestante bajo el luto 281
36. 14 de julio de 1998: tres féretros blancos 285
37. 15 de agosto de 1998: muerte en Omagh 288
38. Septiembre de 1998: vuelve Clinton 297
39. 16 de octubre de 1998: el Nobel de la Paz 301
40. Octubre de 1998: terroristas y demócratas 305
41. Primavera de 1999: cinco años después 310
42. 11 de mayo de 1999: Bernadette Sands-McKevitt 316
43. Primavera de 1999: ¿mereció la pena tanto sufrimiento? 326
44. 29 de mayo de 1999: Rangers *versus* Celtic 331
45. 10 de julio de 1999: lealistas 339
46. Verano de 1999: los desaparecidos (II) 350
47. Verano de 1999: al servicio del Ulster 355
48. 15 de agosto de 1999: el primer aniversario de Omagh 368
49. Verano de 1999: la vida continúa 373
50. Otoño de 1999: terrorismo de estado 388
51. Otoño de 1999: víctimas y reconciliación 393
52. Otoño/invierno de 1999: la paz imperfecta 402
53. Invierno/primavera de 2000: la guerra ha terminado 410

APÉNDICE: Breve sinopsis histórica del conflicto 416

BIBLIOGRAFÍA 420

LISTADO DE SIGLAS

APNI: *Alliance Party of Northern Ireland* (Partido Alianza de Irlanda del Norte). Respeta el estatus actual de Irlanda del Norte como parte del Reino Unido y no tendría inconveniente en aceptar la unificación de la isla siempre que para ello se contara con el consentimiento de la mayoría de la población de Irlanda del Norte. Recibió el respaldo del 8% del electorado en las últimas elecciones generales al parlamento de Westminster, celebradas en 1997.

CLMC: *Combined Loyalist Military Command* (Mando Militar Combinado Lealista). Alianza que agrupó a las principales organizaciones paramilitares protestantes pro británicas —la UFF y la UVF— hasta octubre de 1997, fecha en la que la primera de ellas decidió abandonarla por discrepancias sobre el proceso de paz.

DUP: *Democratic Unionist Party* (Partido Democrático Unionista). Formación unionista liderada por el reverendo protestante Ian Paisley que consiguió un 13,6% de votos en las pasadas elecciones generales y dos diputados en el parlamento de Westminster. Partidario de mantener la unión entre Irlanda del Norte y el Reino Unido, condena el Acuerdo de Viernes Santo de 1998 al interpretarlo como un debilitamiento de la soberanía británica sobre dicha región.

GAA: *Gaelic Athletic Asociation* (Asociación Atlética Gaélica). Organización que intenta promover la cultura irlandesa y los deportes tradicionales.

INLA: *Irish National Liberation Army* (Ejército Irlandés de Liberación Nacional). Organización paramilitar republicana nacida de una escisión dentro del IRA en 1975.

IRA: *Irish Republican Army* (Ejército Republicano Irlandés). Principal grupo paramilitar republicano partidario de la unificación del Norte y el Sur de la isla de Irlanda en un solo país.

LVF: *Loyalist Volunteer Force* (Fuerza de Voluntarios Lealistas). Organización paramilitar protestante pro británica.

PUP: *Progressive Unionist Party* (Partido Progresista Unionista). Brazo político del grupo paramilitar protestante UVF, sin representación parlamentaria.

RUC: *Royal Ulster Constabulary* (Policía Real del Ulster). Cuerpo de policía de Irlanda del Norte.

SDLP: *Social Democratic and Labour Party* (Partido Laborista Social Demócrata). Partido nacionalista norirlandés mayoritario que recibió el respaldo del 24,1% del electorado en los últimos comicios generales y tres diputados en el parlamento de Westminster. Su líder es John Hume, premio Nobel de la Paz en 1998. Se ha caracterizado por oponerse al uso de la violencia defendiendo la unificación del Norte y el Sur de Irlanda sólo si ésta se obtiene a través de medios pacíficos y con el consentimiento de la mayoría de la población de Irlanda del Norte.

SF: *Sinn Fein.* Su traducción del gaélico es «Nosotros Solos». Brazo político del IRA liderado por Gerry Adams que en las últimas elecciones obtuvo el 16,1% de votos y dos diputados en el parlamento de Westminster. Su objetivo es la unificación del Norte y el Sur de Irlanda en una sola república.

UDA: *Ulster Defende Association* (Asociación para la Defensa del Ulster). Grupo paramilitar protestante y *nomme de guerre* de la UFF.

UDP: *Ulster Democratic Party* (Partido Democrático del Ulster). Brazo político de los grupos paramilitares protestantes UDA y UFF, sin representación parlamentaria.

UDR: *Ulster Defence Regiment* (Regimiento para la Defensa del Ulster). Regimiento del ejército británico cuyos miembros son reclutados en Irlanda del Norte.

UFF: *Ulster Freedom Fighters* (Luchadores por la Libertad del Ulster). Organización paramilitar protestante pro británica.

UKUP: *United Kingdom Unionist Party* (Partido Unionista del Reino Unido). Partido político liderado por Robert McCartney que fue elegido diputado en las últimas elecciones generales y que se opone al Acuerdo de Viernes Santo de 1998 por los mismos motivos que el reverendo Ian Paisley.

UUP: *Ulster Unionist Party* (Partido Unionista del Ulster). El partido unionista más votado en Irlanda del Norte que en las últimas elecciones generales obtuvo el 32,7% de votos. De los dieciocho diputados con los que Irlanda del Norte cuenta en el parlamento de Londres diez pertenecen a esta formación. Su líder es David Trimble, que en 1998 fue galardonado con el premio Nobel de la Paz.

UVF: *Ulster Volunteer Force* (Fuerza de Voluntarios del Ulster). Grupo paramilitar protestante pro británico.

PRÓLOGO

No cesaremos de explorar.
Y el final de toda nuestra exploración
será llegar a donde empezamos.
Y descubrir el lugar por primera vez.

Estas palabras del escritor T. S. Elliot resumen en cierta medida las intenciones que subyacen bajo las páginas de este libro. Cuando llegamos por primera vez a un lugar desconocido abrimos metafóricamente nuestros ojos intentando absorber con toda su riqueza esas nuevas imágenes que se despliegan ante nosotros. A menudo las sensaciones que nos provocan se superponen a las intuiciones imaginadas en el preludio del viaje, cuando en la distancia del hogar añorábamos un destino al que pronto nos dirigiríamos. Al viajar a países y ciudades que ignoramos, recorremos fascinados calles que hasta entonces sólo habíamos contemplado en fotografías lejanas, nos sumergimos en los esbozos de su historia que edificios y monumentos nos ofrecen, iniciamos conversaciones con sus gentes confiados en que nos inocularán pistas sobre ese carácter que tan ansiosamente deseamos conocer. La búsqueda que todo viaje implica se ve con frecuencia drásticamente interrumpida con el forzado regreso a nuestro punto de partida. Entonces recordamos con melancolía aquello que comenzamos a escudriñar sin tiempo para desentrañarlo hasta convertirlo en algo familiar y cercano. Como resultado, en nuestra memoria descansarán postales de las que nos separa una distancia que, aunque acortamos, no pudimos ven-

cer. Exploramos sin llegar a descubrir la mayor parte de aquello que buscábamos.

En el verano de 1994 inicié mi propia exploración de un lugar, Irlanda del Norte, al que viajé con la atracción propia que provoca aquello que nos es desconocido. El IRA (Irish Republican Army), el más célebre grupo terrorista de Europa, acababa de declarar el alto el fuego que los medios de comunicación clamaban iba a traer por fin la paz a este rincón de Europa. La importancia de semejante momento histórico acrecentaba mi excitación al llegar a Belfast, donde residiría durante los seis años siguientes. Mi exploración se inició con un Master en Estudios Irlandeses en la Universidad de Queen's, prosiguió con un doctorado y se enriqueció mediante largas horas de conversaciones y entrevistas con infinidad de personajes. A lo largo de estos años decenas de norirlandeses me ayudarían a descubrir el conflicto que ha esculpido sus vidas, aclarando las borrosas incógnitas que me desbordaban al empezar mi búsqueda por los *cómos*, los *cuándos* y los *porqués*. Políticos, terroristas, policías, presos, víctimas, religiosos, padres, madres, hijos, amas de casa, todos ellos, los protagonistas de una duradera tragedia, componían un enorme mosaico de historias que tuve el privilegio de compartir y a través de las cuales comencé a comprender un conflicto de percepciones como el norirlandés. Con generosidad me permitieron ser testigo de la cotidianidad de esos antagonismos que han alimentado una intensa y prolongada violencia abriendo unas heridas que trascienden el terreno de lo meramente político.

En este libro he pretendido recoger una selección de esas instantáneas, con nombres y apellidos, para reflejar el proceso en el que la sociedad norirlandesa se embarcó seis años atrás en un esfuerzo, a veces agónico, por dejar atrás su doloroso y sangriento pasado. Conciliando mis recuerdos e impresiones he intentado construir el relato del día a día de ese proceso de paz que tantas esperanzas ha alumbrado en Irlanda del Norte. He rescatado mis memorias, veladas con el sedimento del tiempo, para narrar los obstáculos, los reveses y los éxitos de esta experiencia única vivida por los norirlandeses y junto a los norirlandeses. De esta manera las páginas siguientes quieren ser el espejo de dos viajes, el mío propio y el de Irlanda del Norte. He respetado un orden cronológico porque, como sugieren los versos de T. S. Elliot, ha sido al final de una progresiva exploración cuando verdaderamente he empezado a descubrir por primera vez el lugar al que llegué cinco años atrás. Todo viaje entraña una evolución, una transformación, como la que Irlanda del Norte ha experimentado. Al volver la vista atrás se puede contemplar el inicio del trayecto recorrido, pero todavía inconcluso, y apreciar con mayor precisión cada uno de sus tramos, sus sinuosidades y sus retos.

Es muy común hablar de dos comunidades en Irlanda del Norte, la católica y la protestante, si bien las diferencias teológicas en absoluto pueden considerarse como el problema fundamental de Irlanda del Norte. Sin embargo, tampoco puede negarse que la religión ha jugado y juega un importante papel en el conflicto. Es también habitual identificar a los católicos como nacionalistas y a los protestantes como unionistas, si bien no todos los católicos son nacionalistas, ni todos los protestantes unionistas. Estas cómodas etiquetas son una forma de categorizar unas enrevesadas identidades definidas por complejos factores políticos y religiosos. Me he servido de ellas para facilitar al lector la lectura de un texto que no pretende ser un exhaustivo estudio sobre la política y la historia norirlandesas, sino más bien un retrato de impresiones y emociones, una observación y reflexión personal. A pesar de ello, la política y la historia impregnan de manera muy poderosa la vida de Irlanda del Norte, convirtiéndose en muchos casos en una influencia vital para las personas. Por esa razón me ha parecido necesario ofrecer algunas pinceladas políticas e históricas sin las cuales creo que el cuadro de los norirlandeses que he intentado componer hubiese quedado distorsionado. Es esta la razón por la que al final incluyo un apéndice con una breve sinopsis histórica del conflicto que espero sirva de guía al lector que así lo requiera.

Son muchas las personas en Irlanda del Norte a las que debo expresar mi gratitud por todo lo que me han enseñado. Los nombres de algunas de ellas aparecen recogidos en las páginas siguientes, mientras que en otros casos sus identidades permanecen anónimas porque así lo han preferido o por motivos de seguridad. De cualquier forma, sus testimonios son el pilar de este libro y la razón por la que siempre les estaré inmensamente agradecido. En mi vida siempre habrá un antes y un después de Belfast, una suerte de frontera indeleble que a veces evoca a la que todavía divide a católicos y protestantes en Irlanda del Norte. Algunos de mis amigos se sorprendían de que deseara seguir en esta ciudad que para el extranjero continúa convocando una oscura leyenda de manifestaciones, muertes y atentados. A menudo yo mismo me lo planteaba, especialmente cuando, después de unas breves vacaciones en España, aterrizaba en Belfast para darme de bruces con alguna de las frecuentes muestras de irracionalidad norirlandesa. Sin embargo, la curiosidad me venció hasta crear una esclava adicción que mi amigo Nacho Martín, de la agencia Efe, definió a la perfección: «Aquello que más odias es precisamente lo que te empuja a quedarte». Quería descubrir ese lugar que el escritor Paul Theroux había descrito como horrible, como uno de los más repugnantes y peligrosos del mundo, quería vivir ese proceso de paz que también ha delimitado un antes y un después para los norirlandeses. No me arrepiento, pues sólo así he podido comenzar a entender un poco más.

CAPÍTULO 1

OTOÑO DE 1993: EL COMIENZO DEL VIAJE INTERIOR

Aquel 23 de octubre de 1993 una luz mansa reposaba sobre Belfast. Como cada sábado, las calles bullían repletas de familias enfrascadas en sus compras semanales. Shankill Road, el más emblemático barrio protestante de esta fracturada ciudad, no era una excepción. El pescadero John Frizzell despedía a sus clientes con ese «¡Que Dios te bendiga!» —*God Bless*— tan característico de Irlanda del Norte. De repente un estruendo ensordecedor sacudió violentamente la tarde. Como en esas pesadillas de película, una bruma espesa dejó entrever los escombros de una casa desventrada. De entre el amasijo de hierros, vigas y cristales comenzaron a surgir cadáveres desperdigados. Ese hombre con chándal que tan solo unos instantes atrás debió de pasear despreocupado, ahora buscaba supervivientes bajo los escombros con un rostro desesperado. Enseguida bomberos y policías se unieron a la frenética búsqueda. Decenas de heridos se agolpaban en ambulancias que acuchillaban el aire con el ulular de sus sirenas, mientras diez cuerpos inertes yacían bajo sábanas ensangrentadas. Entre ellos se encontraban los restos irreconocibles de Thomas Begley, un *voluntario* del IRA de 22 años de edad al que prematuramente le explotó en la pescadería de Frizzell la bomba que transportaba.

Inmediatamente después de la explosión el IRA rindió tributo al joven Begley, al tiempo que excusó su matanza como «una operación que fue trágicamente mal». En un comunicado el grupo republicano adujo que su bomba iba destinada a los líderes de la organización terrorista unionista UFF (Ulster Freedom Fighters), que, según ellos, aquella tarde mantenían una reunión en un piso situado sobre el local del pescadero. Indudablemente semejante cinismo sería de poco confort para las víctimas. Días después Gerry Adams, presidente del Sinn Fein y considerado por cualquiera en su sano juicio como uno de los líderes del IRA, portaba el féretro de Begley arropado por una bandera de la República de Irlanda. La comunidad protestante en Irlanda del Norte no podía sentirse más insultada por un hombre que constantemente se presentaba como un infatigable luchador por la paz. Era como si se echara sal sobre la herida.

Tras el atentado de Shankill, Irlanda del Norte volvió a exhibir un récord vergonzoso, pero ya familiar: no había medio de comunicación que no hiciera mención al asfixiante clima de terror ante el temor de que los terroristas unionistas tomaran represalias. Éstas no tardaron en llegar. Entre el lunes y el martes tres católicos fueron asesinados, pero todavía habría que cavar más fosas. Antes de concluir la semana dos pistoleros de la UFF abrieron fuego indiscriminadamente en un bar de la localidad norirlandesa de Greysteel asesinando a siete personas e hiriendo a otras trece. Uno de los periódicos locales reprodujo en su primera página la fotografía de una de las víctimas: James Moore, un entrañable anciano de 81 años de edad. Al contemplar su tierno semblante resultaba inevitable sentir cariño por ese abuelete al que le arrebataron la vida de manera tan obscena.

Desde los telediarios, rostros contritos y enlutados repetían palabras de condena hacia esa violencia generada por una hidra de múltiples cabezas. Los políticos se esforzaban por resucitar palabras como reconciliación y paz en las que nadie parecía tener ya ninguna fe. Católicos y protestantes, los unos y los otros, recurrían constantemente a manidos clichés que incluían inevitables alusiones al «futuro de nuestros hijos» o a la «inutilidad de esta barbarie». Sin embargo, en medio de la penumbra algunos incluso se atrevían a premonizar que era posible alcanzar la paz antes de Navidad.

Semejante espiral de violencia coincidió con la intensificación de rumores sobre iniciativas políticas que anunciaban la paz. En las semanas siguientes a las matanzas de Shankill y Greysteel se hizo público que el gobierno conservador británico había mantenido contactos con representantes del IRA, lo que provocó la indignación de los unionistas. El 15 de diciembre de 1993 el primer ministro, John Major, y su homólogo irlandés, Albert Reynolds, firmaron la denominada Declaración de Downing Street. Como es-

taba a punto de descubrir, la reacción a la publicación de este documento siguió la norma de otras muchas propuestas para Irlanda del Norte. Las opiniones eran tan diversas y confusas como ese mar de siglas indescifrables utilizadas para identificar a los partidos políticos y organizaciones terroristas. Algunos de los actores calificaron el acontecimiento como histórico; sin embargo, otros lo criticaron duramente. A pesar de ello, y de que el rosario de muertes no cesaba, para mi incredulidad se hablaba ya de un proceso de paz que podía traer el ansiado fin de la violencia, según aseguraban, casi inminentemente.

Me preguntaba cómo era posible exhibir ese optimismo en medio de una letanía de violencia que se había perpetuado durante décadas, alcanzando las alarmantes proporciones que ahora contemplaba. Entre 1969 y 1993 un total de casi 3.500 personas habían perdido la vida como consecuencia de lo que aquí se denomina eufemísticamente los *Troubles*, cuya traducción viene a ser algo así como «los disturbios». Esta proporción de muertes violentas en un área geográfica como Irlanda del Norte, con una población situada en torno a 1.500.000 habitantes, equivaldría aproximadamente a 100.000 víctimas en el Reino Unido y a medio millón en los Estados Unidos. Esa era una de las razones que convertían a Irlanda del Norte en un fenómeno tan especial.

Fue sin duda en aquel trágico otoño cuando comencé mi viaje interior a Irlanda del Norte. Desde Inglaterra, adonde como muchos jóvenes de mi generación había acudido a aprender inglés, contemplé a través de los medios de comunicación unas emotivas imágenes que servirían para determinar mi inmediato destino. Cada día, cuando me dirigía a mis clases de inglés, pasaba junto a un bungalow que tenía un ordenado jardín típicamente inglés. La persona que con tanto esmero cuidaba de esos lucidos rosales no era un vecino cualquiera de esta zona residencial de clase media. Provenía de Irlanda del Norte, de donde tuvo que huir en busca de una nueva identidad después de que una de las organizaciones terroristas le amenazara de muerte por acusar a quienes un día habían sido sus compañeros. En mi cabeza los interrogantes se sucedían mientras casi a diario se paseaban por televisión las espectaculares imágenes de unas calles norirlandesas patrulladas por la policía y el ejército fuertemente armados. En aquellos días llamó mi atención el texto de uno de los *graffities* que salpicaban las paredes de Belfast: «Para aquellos que comprenden, no hace falta una explicación. Para aquellos que no entienden, no hay explicación posible».

Los acontecimientos de aquellos meses cincelaron en mi mente la noción de un lugar, Irlanda del Norte, que imaginaba recorrido por una frontera traslúcida entre la vida y la muerte. La fragilidad de unos segundos era todo

lo que separaba a un territorio del otro. El dolor ajeno se retransmitía a la hora de la cena, pero los protagonistas de la tragedia no eran más que meros actores de reparto. En unos días sus lágrimas volvían a ser derramadas por otros ojos enrojecidos de diferentes apellidos y religión, y así sucesivamente. Nuevas caras que representaban el mismo drama se sucedían en una carrera sin ganador. Resultaba imposible retener los nombres de esas gentes que después de exponer en público su calvario debían intentar rehacer sus vidas o lo que les quedara de ellas, pero de entre múltiples imágenes de cortejos y sepelios casi calcadas, una se resistió a ser reciclada en mi memoria. Era el rostro de Darren Baird, un crío de nueve años al que la bomba de Shankill dejó huérfano de padre y madre, y sin una hermana tan sólo dos años más joven que él. Su mirada cándida y extraviada desafiaba a toda esa sinrazón que le rodeaba. El espejo de su tremenda indefensión constituía toda una provocación difícil de olvidar. Parafraseando las palabras de aquel *graffiti*, sentí que no comprendía, pero quería entender. Unos meses después, en septiembre de 1994, llegaba a Belfast.

CAPÍTULO 2

SEPTIEMBRE DE 1994: DOS PAÍSES, DOS MUNDOS DIFERENTES

Llovía intensamente. Un interminable cielo gris cubría la carretera entre Dublín y Belfast. A lo largo de ella los carteles se sucedían obsesivamente anunciando distancias y localidades, en la mayoría de las cuales se encontraba el *pub* más viejo de Irlanda. Los inconfundibles letreros de cerveza *Guinness* flanqueaban estos locales que rivalizaban en antigüedad como una engañosa manifestación de orgullo. El trayecto entre ambas ciudades descubría ya la huellas de un conflicto que tantos enigmas planteaba para mí. En un recodo de la carretera se asomaba Edentubber, donde se levantaba una cruz celta en memoria de cinco miembros del IRA muertos en 1957. A poca distancia de allí se encuentra Balbriggan, otra pequeña localidad en la que también lucía una placa en recuerdo de activistas republicanos asesinados en los años veinte a manos de los llamados «Black and Tans», un cuerpo de policía especialmente cruento en la represión de la población nacionalista en aquella época. Esta temida policía llegó a quemar el pueblo en represalia por los ataques del IRA. Otros lugares como Dundalk y Drogheda también daban la bienvenida al forastero con monumentos en los que se conmemora la muerte de nacionalistas irlandeses.

En el trayecto se iban quedando modestas oficinas en las que el viajero despistado podía realizar el cambio de libras irlandesas a esterlinas, las mo-

nedas de los dos estados en que se haya dividida la isla. Antes de llegar a Newry la carretera se estrechaba anunciando la proximidad de la frontera. En un momento dado robustos oficiales de la *Garda*, la policía de la República de Irlanda, despedían a una hilera de vehículos que pronto se veía detenida por soldados con un uniforme diferente, en esta ocasión pertenecientes al ejército británico. En lo alto de una verde ladera un puesto de observación de las fuerzas de seguridad arañaba el paisaje rodeado de radares. A sus pies se desplegaba un intimidatorio *checkpoint* de los que ni siquiera se veían en las películas de espías. Las señalizaciones de *stop* junto a la desmesurada presencia de cámaras de seguridad vigilando tus movimientos te hacían sentir necesariamente culpable sin saber en absoluto por qué ni de qué. Sentí la mirada inclemente de ojos que rastreaban los alrededores sin dejar un solo resquicio de intimidad. La relajación resultaba imposible entre ese decorado blindado y casi irreal. Si todavía hacía falta disuasión para respetar la señal que prohibía tomar fotografías, ésta la proveía esa inquietante proximidad de aparatosos fusiles automáticos que militares en guerreras de camuflaje acurrucaban firmemente contra su pecho. Conforme me internaba en las entrañas del control y con mi pasaporte dispuesto, me imaginaba que mi maletero iba a ser inspeccionando con el celo del sabueso y temí que hasta los embutidos traídos de España podrían levantar sospechas. Falsa alarma. Un policía que parecía haber sido engullido por un grueso chaleco antibalas, dio el visto bueno después de inquirir sobre el motivo de mi visita. Acababa de entrar en Irlanda del Norte. Sin duda el paisaje era diferente, y no sólo porque ahora las distancias se anunciaran en millas en lugar de kilómetros, como ocurría hasta abandonar la República de Irlanda.

El siniestro *checkpoint* delimitaba un mundo desconocido para mí. El muro de Berlín había caído hacía años; sin embargo, en pleno corazón del continente, en el supuestamente civilizado Reino Unido, acababa de contemplar una escena que parecía más propia de la Europa del telón de acero. A tan sólo 170 kilómetros se encontraba Dublín, la vibrante capital de un país en la pista de un despegue económico que en un par de años le convertiría en el envidiado «tigre celta». Allí había paseado por el precioso edificio georgiano del Trinity College, había escuchado por Grafton Street a los escandalosos estudiantes españoles que venían a aprender inglés y, cómo no, había disfrutado de la famosa cerveza negra en un clásico *pub* irlandés. Dublín mantenía con naturalidad un espíritu de urbe cosmopolita, relajada, y despreocupada, ruidosa y saturada de bocinazos a la vez que serena. La víspera había acogido la gran final anual de su deporte nacional, el fútbol gaélico. Este espectáculo sobrepasaba el ámbito meramente deportivo dejando pequeños a esos grandes derbis futboleros que en España enfrentan de vez

en cuando a clubes como el Real Madrid o el Barcelona. El encuentro, presidido por el primer ministro y las figuras eclesiásticas de este país eminente y tradicionalmente católico, representaba un acontecimiento de proporciones históricas que ningún aficionado quería perderse, fuera cual fuera su procedencia. El poeta Brendan Kennelly había descrito al fútbol gaélico como «la segunda religión de Irlanda» y a Croke Park, el estadio donde se celebraba el emocionante duelo, como «el Vaticano dublinés con una congregación de casi setenta mil almas». Al concluir el partido los seguidores de uno y otro equipo compartían su borrachera amigablemente. Vencedores y vencidos se intercambiaban sus coloridas bufandas, gorras y camisetas sin prejuicio ninguno. En la célebre O'Connell Street, una insólita estampa: sobre un cochambroso pavimento por el que a esas horas discurrían los más curiosos caudales, expelidos por sólo Dios sabe qué angelicales volcanes, dos hinchas rivales dormían su embriaguez recostados el uno sobre el otro. Quienes fueron enemigos en el terreno de juego, en el *Brazen Head*, otro de esos *pubs* que también se autoproclamaba como el más antiguo de Irlanda, confraternizaban con humor diluyendo sus diferencias en alcohol.

En cambio, a tan sólo un par de horas de Dublín el ambiente se tensaba sobre la fortificada frontera. Una vez en Irlanda del Norte, a las colinas les crecían torretas coronadas con sofisticados artilugios electrónicos que se les supone una precisión tal que, según algunos, permiten saber al ejército cuántas veces la vecina tira de la cadena de su retrete. Pero no sólo me sentía vigilado desde esas corazas. Con frecuencia sobrevolaban la carretera helicópteros del ejército desde los que, como también se asegura, es posible discernir con detalle incluso lo que te sacas del bolsillo. El escenario, aderezado con el persistente aguacero, parecía la inspiración del mismísimo George Orwell. Recordaba a esas clases de Religión de la infancia en las que nos torturaban con la amenaza de un Dios ubicuo que podía vernos en cualquier lugar y a todas horas, cercándonos con una mirada que producía un sentimiento entremezclado de protección y de terror.

Al aproximarse a Newry, ya en Irlanda del Norte, los postes de la luz se engalanaban de verde, blanco y naranja, los colores de la bandera de la República de Irlanda popularmente conocida como «la tricolor». Era un signo de rebeldía y advertencia de que aquellos que se consideraban súbditos de Su Majestad la Reina de Inglaterra no se encontraban en casa. Ese mismo e inequívoco mensaje lanzaban las paredes embadurnadas de pintadas en apoyo del IRA o de llamadas a la disolución de la policía norirlandesa del RUC (Royal Ulster Constabulary) o a la excarcelación de los POW, siglas en inglés para el término «prisioneros de guerra». Sin embargo, a medida que la carretera se alejaba de la ciudad, las tonalidades variaban. La «Union Jack»

reemplazaba a la tricolor en un acto de reafirmación territorial mediante el cual se subrayaba que éste era suelo británico. Los ocasionales convoyes militares aportaban un elemento homogeneizador en este paisaje tan variable. Aún no había alcanzado Belfast y la geografía ya me había sumido en un conflicto ineludible.

Igual que el personaje de Vargas Llosa en *Conversaciones en la catedral* se preguntaba «¿en qué momento se jodió el Perú?», yo me planteaba lo mismo acerca de Irlanda del Norte. Con la intención de descubrirlo me dirigía a la Universidad de Queen's en Belfast para realizar un Master en Estudios Irlandeses. Allí descubriría lo que ya me sugería ese primer trayecto Dublín-Belfast con sus constantes recordatorios del ayer: que el conflicto más actual en Irlanda del Norte estaba fuertemente influenciado por el pasado, de manera que la comunión entre historia y política se convertía en imprescindible. La historia unía y separaba a los irlandeses del norte y del sur de la isla, constituyéndose en un elemento básico de las identidades nacionales en el origen del conflicto. En el contexto norirlandés todo tenía una conexión política e histórica dominada por la violencia. Su influencia directa se percibía claramente en el por aquel entonces incipiente proceso de paz, como expresó Martin Mansergh, historiador y asesor especial de sucesivos primeros ministros de la República de Irlanda desde 1982: «El proceso de paz debe resolver mucho más que los disturbios de los últimos veinticinco años. Debe ocuparse de todo un legado histórico y de muchos problemas no resueltos que han sido heredados del pasado. Esos enconados problemas han contribuido a la duración y virulencia de los disturbios, que han costado más de tres mil vidas y muchas más víctimas en términos de personas heridas y de trauma y de dolor personal».

Mientras la autopista me conducía hacia mi destino, sentí que quizá los norirlandeses se encontraban en una situación similar a la del protagonista del *Ulises* de Joyce, Stephen Dedalus, para quien la historia era una pesadilla de la que estaba intentando despertar.

CAPÍTULO 3

SEPTIEMBRE DE 1994: BELFAST

Llegué a Belfast dos semanas después de que el IRA anunciara su histórico alto el fuego. Durante años había fantaseado con una ciudad que mentalmente siempre asocié con la violencia. Reconozco que entré en ella cargado de estereotipos, algunos de los cuales el tiempo se encargaría de confirmar desterrando muchos otros. Todavía mantenía viva en mi retina las imágenes de la película *En el nombre del padre*, en la que se narraba la historia de los Conlon, una familia norirlandesa condenada en los años setenta errónea e injustamente por un atentado con bomba en Inglaterra del que fue responsable el IRA. En 1975, Gerry y Giusseppe Conlon, padre e hijo, fueron sentenciados a cadena perpetua y encarcelados en Londres. Christy Moore, probablemente el más popular cantautor irlandés, compuso una canción titulada *Giusseppe* en homenaje a ese hombre que dejó Belfast para defender la inocencia de su hijo y se encontró también entre rejas acusado de un delito que no cometió. Gerry recobró su libertad catorce años más tarde, después de que los jueces admitieran su error. Su padre murió en prisión luchando por demostrar que ninguno de ellos era culpable, algo que sólo se le reconoció tras su fallecimiento. La banda sonora de la película, con canciones del grupo irlandés U2, también puso música a mis primeras impresiones de Belfast mientras comenzaba a recorrer sus calles.

Su aspecto era el de una ciudad inerme sin capacidad para esconder sus precarios signos de vida. Apenas quedaba rastro de la prosperidad que la encumbró en el siglo XIX gracias a un puerto comercial e industrial que llegó a alcanzar una gran importancia en todo el Reino Unido. La ciudad en la que se construyó el más famoso barco de la historia, el *Titanic*, parecía ir también a la deriva, como si el destino la hubiera jugado una mala pasada después de sus otrora tiempos de gloria. La noción de riqueza arquitectónica resultaba una ironía al contemplar las tétricas comisarías de policía, lugares que guardaban más relación con lo que en nuestro país consideramos como acuartelamientos militares. Sus perímetros estaban rodeados de muros blindados y enrejados que se estiraban hacia el cielo para impedir que en el interior aterrizaran granadas y todo tipo de artefactos. Por supuesto, innumerables cámaras de vigilancia escudriñaban las cercanías de los recintos —no cabía duda de que las compañías de seguridad debían ser un buen negocio en Irlanda del Norte—. Estos edificios provocaban un impacto visual al que los ciudadanos de a pie debieron acostumbrarse durante años de conflicto. En esos búnkeres de aspecto tan poco acogedor era en donde cotidianamente se pagaban multas de tráfico o se formulaban todo tipo de denuncias que incluían desde un simple tirón de bolso hasta el asesinato.

El parque móvil de la policía también se alejaba del convencionalismo de cualquier otro país europeo. Nada de elegantes y confortables Fords, Opels o Renaults, sino *land-rovers* herméticamente blindados de color gris rata con un reclamo a sus lomos: el número del «teléfono confidencial» que los ciudadanos eran exhortados a marcar para aportar información sobre cualquier delito. Las sirenas se hallaban protegidas por rejillas y los bajos del coche —ante posibles bombas lapa— por una suerte de faldón también, cómo no, blindado. El conjunto convertía a estos vehículos en unos armazones volantes que no contribuían en nada a embellecer el entorno. Estéticamente las sorpresas no se detenían ahí. Los oficiales de la policía del RUC —todos ellos fuertemente armados y embutidos en chalecos antibalas de sólida apariencia— patrullaban la ciudad escoltados por soldados del ejército británico. Las patrullas de hasta diez y doce hombres en uniformes de camuflaje con fusiles automáticos al ristre, eran casi tan habituales como esa legión de madres adolescentes empujando carritos de niño. En Irlanda del Norte las fuerzas de seguridad contaban con más de 18.000 efectivos del ejército y 13.000 de la policía, unos niveles sin el más remoto parangón con ninguna otra parte del Reino Unido. Además, allá donde fueras constantemente te perseguía el ronroneo incesante de un helicóptero que a modo de «Gran Hermano» vigilaba desde el cielo la respiración de la ciudad.

En aquel entonces Belfast mostraba pocas o nulas aptitudes sociales. En el centro no resultaba sencillo encontrar un café donde sentarse tranquilamente a leer o charlar. En los alrededores de la Universidad de Queen's, una de las áreas con mayor vitalidad, apenas había un par de locales donde tomar un café a la salida de clase. En uno de ellos, llamado The Other Place, la música sonaba siempre a un exagerado volumen, más propio de una discoteca. Las peticiones para moderar el ruido siempre se ignoraban, pues, como me confirmaron varias camareras que trabajaban en el local, intentaban evitar que la gente se sintiera excesivamente cómoda prolongando su consumición e impidiendo la entrada a otros clientes.

En Great Victoria Street se erigía el hotel Europa, reconocido entre la prensa internacional como el más bombardeado del mundo. Esta mole exhibía sin orgullo ninguno tan inefable currículum mientras acometía una nueva remodelación después del último bombazo unos meses atrás. Desde su inauguración en la década de los setenta había sido el objetivo de más de 30 bombas del IRA y, finalmente, las últimas le habían obligado a cerrar sus puertas. Muchos temían que su cierre fuera permanente, lo que en cierta medida supondría admitir la derrota de una ciudad que ya presentaba evidentes síntomas de dislocación. Frente a él Robinson's, un elegante *pub* decorado con ornamentos de madera, había sido completamente remozado después de que tres años atrás las bombas del IRA le obligaran a asumir una millonaria operación de cirugía estética.

En el centro comercial unas barreras custodiadas por guardas vedaban el tráfico. A pesar del reciente alto el fuego, algunas tiendas todavía mantenían los cacheos a la entrada, así como la meticulosa inspección de bolsas y carteras. Desde luego no eran las mejores condiciones para zambullirse en las rebajas. En el último lustro la violencia del IRA se había cebado con las áreas comerciales de numerosas ciudades norirlandesas. En Belfast prácticamente cada esquina escondía una cicatriz no sólo física, sino también psíquica. La ausencia de papeleras ofrecía pruebas evidentes de que ésta no era una ciudad normal. Hacía tiempo que habían desaparecido, eliminando así potenciales refugios para los explosivos. Por otro lado, la constante destrucción a la que sus habitantes se veían expuestos había herido, lógicamente, sus ilusiones y energías. ¿Qué sentido podía tener el esmerarse en la decoración de un nuevo negocio o siquiera aventurarse en su apertura cuando sabían que quizá la próxima bomba lo haría todo pedazos? El terrorismo les había embestido una y otra vez obligándoles a asumir un pragmatismo funcional. Pero a pesar de su vulnerabilidad, hacían gala de un envidiable humor negro, como demostraba una de las anécdotas acerca del hotel Europa, que de tanto repetirse no se sabía muy bien si era realmente cierta o tan sólo un

chiste más: cuando los últimos huéspedes del hotel fueron rápidamente evacuados ante la advertencia de que una bomba estaba a punto de estallar en el interior, un residente de nacionalidad estadounidense se dirigió con nerviosismo al portero: «¡Me he dejado una carta muy importante en recepción! ¿Puede ir a buscarla alguien?». A lo que el portero respondió: «No se preocupe, señor. La recibirá muy pronto por correo aéreo urgente». Otra de las bromas de moda confirmaba que el sarcasmo no se medía con cuentagotas: una señora escucha un estruendo enorme y le pregunta a su amiga: «¿Ha sido eso una bomba?». «Sí», responde. Entonces, la otra exclama aliviada: «¡Oh, gracias a Dios, por un instante pensé que iba a haber tormenta esta noche!».

Los habitantes de Belfast parecían haber asimilado la adversidad como medicina para evitar doblegarse. Lo anormal había dejado de serlo, convirtiéndose en una rutina más que se aceptaba con naturalidad, como acabó de convencerme una sorprendente escena en pleno corazón comercial de la ciudad. El reloj del Banco de Irlanda, situado en uno de los extremos de la bulliciosa Royal Avenue, acababa de marcar las doce del mediodía. En medio del ajetreo propio de una inusualmente soleada mañana se escuchó el intermitente sonido de la alarma de un vehículo. De inmediato, como alertados por el sonido, media docena de soldados armados hasta los dientes tomaron posiciones alrededor del edificio y sus proximidades. Con sus mirillas de precisión apuntando a Dios sabe dónde, un par de ellos casi lamían el suelo agachados en cuclillas. Otro, soportando el peso de un moderno transmisor de radio sobre sus espaldas, cubría uno de los flancos de la formación mientras agitaba el brazo agresivamente ofreciendo indicaciones a sus compañeros. Los espectaculares e inesperados movimientos de la patrulla me dejaron boquiabierto. ¿Qué diablos estaba ocurriendo? ¿Habría que echarse cuerpo a tierra? La impasible reacción de los viandantes me disuadió. Nadie se inmutó ante semejante escenificación bélica. Las amas de casa continuaban indiferentes su marcha esquivando los torsos pertrechados con la mayor naturalidad del mundo, al igual que un par de jubilados a los que a buen seguro alarmó mucho más mi cara de espanto. Reparé además en que algunos de los peatones contemplaban con cierto asombro cómo mi amigo Ramón Campo disparaba ensimismado su máquina de fotos. Para ellos, nosotros éramos el fenómeno extraño sobre el que caían la mayoría de las miradas. Mientras los soldados avanzaban de manera ordenada, cubriéndose los unos a los otros, imaginé estupefacto cómo respondería un madrileño a un despliegue semejante en plena Puerta del Sol.

En Belfast, al igual que ocurría en la Macondo de García Márquez, los personajes habían dejado de sobresaltarse o atemorizarse ante esa sucesión

de hechos que el recién llegado sólo podía definir como fantásticos. Las analogías con la mágica ciudad concebida por el escritor colombiano emergían generosamente. Aquí también se habían acumulado odios durante décadas impregnando de manera muy poderosa las vidas de sus habitantes. Las simbólicas expresiones de esos rencores se percibían con impresionante nitidez en los barrios de clase trabajadora. En ellos el acento de sus gentes se endurecía hasta hacerse prácticamente ininteligible, excepto cuando en la conversación surgía un término que a partir de ese momento me iba a hartar de escuchar: *the sectarian divide*. Con esta expresión aludían a la latente división sectaria que envenenaba esta sociedad. Católicos y protestantes hacían uso de ella con la misma intensidad para sintetizar una realidad que ahora golpeaba mis ojos: un interminable muro resquebrajaba el oeste de la ciudad separando a una y otra comunidad. A un lado de la fría mole de hormigón quedaba Falls Road, la principal arteria católica de Belfast. En el otro costado se desdoblaba en paralelo Shankill Road, el barrio más ardientemente protestante de la ciudad. Los vecinos de ambas comunidades no podían mirarse a la cara gracias a un zurcido enladrillado que unos y otros coincidieron en bautizar como *the peace line*, la «línea de la paz». No era una ironía, pues su presencia, aunque en apariencia insultante, les aportaba un sensación de seguridad que se transformaba en amenaza con tan sólo imaginar su hipotética desaparición. Bajo el cobijo de esta construcción habían crecido auténticos guetos, como admitían sus propios habitantes. En ellos se había hecho fuerte una cultura de guerra cuya intensidad se percibía con absoluta y sorprendente claridad de manera inmediata.

Aunque la distancia física entre el oeste y el centro de la ciudad era escasa, en realidad parecía mucho más lejana. Entre ambas zonas surgía una suerte de territorio comanche que, incluso en un curso introductorio para alumnos extranjeros en la Universidad, nos habían advertido se debía atravesar con extrema precaución. Una intersección de carreteras —el Westlink— constituía una suerte de frontera entre ambas zonas. En ella los semáforos estaban protegidos por rejillas advirtiendo ya sobre los peligros que podían surgir si se traspasaba el límite que llevaba al «lejano oeste», como también se le denominaba en el más puro estilo del *western* hollywoodiense a West Belfast.

Cuando me adentré en él lo hice sin lograr vencer la paranoia que inventaba un terrorista prácticamente en cada hombre y mujer con el que me cruzaba. Supongo que a ello contribuyó el hecho de que mi primera incursión se produjera con Liam Doyle, un estudiante inglés con un acento londinense extremadamente obvio que temía ser tiroteado en cualquier instante. Ni siquiera la calurosa bienvenida de la infantería de niños que invadía

Falls le resultaba tranquilizadora. Al contrario, sospechaba que alguno de estos renacuajos que inocentemente me preguntaban sobre los equipos de fútbol españoles antes de ofrecerse como guías en el recorrido por el barrio, le delatarían como presunto espía. Liam no dejaba de recordarme la cantidad de asesinatos que por error se habían cometido durante los *Troubles*, y muchos de ellos en estas mismas calles. Quizá hubiese sido justo reconocer que tampoco le faltaban motivos para sentirse inquieto. Al fin y al cabo resultaba difícil eludir una extraña sensación al contemplar *in situ* los andamios que en Shankill Road se levantaban sobre la difunta pescadería de Frizzell. En ese mismo lugar donde nos encontrábamos, unos meses atrás diez personas habían sido asesinadas como si sus vidas fueran insignificantes. Ahora una corona de flores honraba su memoria. Era muy confuso regresar en carne y hueso a la escena del crimen que hasta entonces sólo conocía con la distancia aséptica de los medios de comunicación. A lo largo de una de las bocacalles del barrio un equipo de televisión inglés filmaba sin apearse de un taxi, y no precisamente por conveniencia estética, sino por el temor a que alguien pudiera hacer añicos su cámara. Nosotros ignoramos precauciones como ésta quizá como resultado de la ingenuidad propia del desconocimiento.

A Liam tampoco le gustó que un mocoso de Falls le propinara un puntapié a un musculoso soldado que bruscamente volvió su arma contra el chaval. La escena recordaba al careo entre David y Goliat, pero el militar pareció percatarse de su impotencia e inmediatamente le dio la espalda a la retahíla de insultos con la que le despidió el infante. La espontaneidad de los niños en Falls contrastaba con la mayor frialdad que encontré en Shankill, donde ninguno de ellos consentía en ser fotografiado si previamente no había sido retribuido con dinero o golosinas. Los protestantes se comportaban de manera más agresiva, como cuando Tarren, de ocho años de edad, empujó con todas sus fuerzas a su amiga Tina, de nueve años, y ésta, consciente de que su presa corría peligro, gritó: «¡Yo lo he visto primero!». No tardaría en descubrir una de las razones detrás de semejante comportamiento. A lo largo del conflicto, y gracias a una efectiva maquinaria propagandística, los católicos habían ganado numerosos apoyos y simpatías en el exterior. Desde los Estados Unidos, especialmente, se había idealizado el terrorismo del IRA, cuyos integrantes eran descritos románticamente como *freedom fighters* («luchadores por la libertad»). Por el contrario, los protestantes manifestaban una mayor torpeza en las relaciones públicas que derivaba en unas maneras más ariscas. No se sentían queridos y tampoco les importaba. Al mismo tiempo, tampoco estaban tan acostumbrados como sus vecinos a recibir visitantes que, con frecuencia, interpretaban la violencia lealista co-

mo particularmente sanguinaria y carente de cualquier motivación política.

A la entrada de Falls una madona con niño daba la bienvenida desde un mural que ocupaba toda la fachada de una casa. Frente a esta virgen popularmente conocida como «Nuestra Señora, la Estrella del Mar», se levantaba un horrendo y pétreo bloque de apartamentos, Divis Flats. Al comienzo de los *Troubles* este lugar había sido escenario de numerosos tiroteos entre el IRA y el ejército británico. Ahora, sobre la azotea se hallaba instalado un puesto de observación preñado de cámaras de vigilancia enfocadas en dirección a todos los puntos cardinales, lo que acentuaba una vez más esa atmósfera orweliana que tan asfixiante empezaba a parecerme. Aquí todos los *pubs* y clubes protegían sus entradas y ventanas con enrejados que, por supuesto, eran atentamente vigilados por más cámaras de seguridad. A través de ellas se ofrecía acceso a los clientes, que antes de atravesar el umbral del local debían aguardar en una estrecha jaula, más propia de un zoológico, a que automáticamente se abrieran pesadas puertas metalizadas, como si de una caja fuerte se tratara. En muchos tramos de esta avenida lucían banderas tricolores de la República de Irlanda delimitando fidelidades. Para el miope que todavía no se había percatado de dónde se hallaba, las aceras, las farolas y los postes de electricidad pintados con los colores de la enseña republicana servían de inapelable recordatorio. La politización del espacio culminaba con murales a través de los cuales se transmitían diversos mensajes. Desde esas coloridas paredes se exigía al ejército británico que abandonara Irlanda y a la policía del RUC que se disolviera, al tiempo que se multiplicaban los encapuchados del IRA, los vivas para la organización, y las metralletas acompañadas del lema republicano *Tiocfaidh ár lá* —«Nuestro día llegará»—. En Dunville Street, otra casa había cedido su fachada para conmemorar el 25 aniversario de la llegada de las tropas. En ella aparecían mujeres golpeando cubos de basura contra el suelo, como hacían en aquellos días de 1969 para alertar de la presencia de soldados. Frente a ellas se recreaban militares con máscaras antigás encañonando sus fusiles ante un fondo de casas quemadas, en alusión a los sucesos de aquel año en el que numerosas familias abandonaron sus hogares a consecuencia de los ataques protestantes. Sobreimpresionado en la composición podía leerse el siguiente texto: «25 años de resistencia».

A unos metros de distancia se encontraban las oficinas del Sinn Fein, en cuyo exterior se exhibía el que probablemente sea el más emblemático de los murales republicanos. Se trata de un retrato de Bobby Sands, el miembro del IRA que en 1981 fue el primero de los diez activistas republicanos que murieron durante la huelga de hambre a través de la cual reivindicaban el reconocimiento de su estatus como presos políticos en la cárcel de Maze.

Gerry Adams comparecía con frecuencia ante las televisiones locales e internacionales delante del rostro sonriente de este héroe de la causa republicana. Bajo la atenta mirada de otra cámara de vigilancia, sobre el asfalto, descansaban robustos bloques de piedra que pretendían evitar el impacto de posibles coches bomba. Un día antes de mi primer paseo por Falls, estas mismas oficinas sufrieron un atentado con bombas incendiarias.

La enorme efigie de Sands se había convertido en una de las joyas de la iconografía republicana. Pero no era la única. A ella se unían las numerosas placas en recuerdo a los caídos del IRA que se prodigaban a lo largo y ancho del feudo republicano de Falls, al igual que ocurría en el trayecto entre Dublín y Belfast. Los nombres de quienes participaron en las huelgas de hambre también se repetían con frecuencia en las paredes, así como listas interminables de los miembros locales del IRA que continuaban en prisión. La fisonomía que mostraba el gueto desvelaba uno de los rasgos definitorios de la tradición republicana: la glorificación de la violencia y el culto a la muerte de quienes emprendieron lo que ellos denominaban como «la lucha armada». De nuevo sentía el espejo de Macondo. En esta Belfast plagada de críos que jugaban al balón entre imágenes siniestras de encapuchados armados, o de obituarios a valerosos soldados que derramaron su sangre por la causa, los muertos también tenían vida. Como fantasmas que vagaban entre los vivos, se habían integrado en las vidas de estos últimos influenciando poderosamente su presente y, por tanto, también su futuro.

Esta compleja relación también se manifestaba en la vecina Shankill Road. Tan cercanas y tan distantes, pensé inicialmente al imaginar el mar de rencor que se desplegaba entre los enemigos que habitaban estas dos calles. Sin embargo, pronto me vi obligado a matizar esta impresión. El aspecto de ambas arrojaba multitud de similitudes, aproximándolas, curiosamente, más de lo que a priori pudiera sospecharse. La depauperada construcción y los solares maltratados en los que se acumulaban desperdicios y abundantes botellas de alcohol no representaban un monopolio exclusivo de Falls. En el gueto protestante se sentían los mismos efectos devastadores que las largas décadas de conflicto habían causado en sus vecinos. El Berlin Arms, uno de los *pubs* del barrio, también enseñaba sin sutileza las medidas de seguridad que ya había visto en otros abrevaderos del sector católico. Al igual que en Falls, las banderas ondeaban orgullosas y las aceras demarcaban el territorio con sus colores chillones. En el fondo, casi podía decirse que el entorno era idéntico, con excepción del filtro que modificaba los tonos de la realidad.

En Shankill también se recurría con esmero al arte mural, adoptando mensajes tan explícitos como el que firmaba la UVF (Ulster Volunteer Force) en alusión al recién declarado alto el fuego republicano: «En el nombre

de la población lealista de Shankill Road, aceptamos la rendición incondicional del IRA». «¡Que se joda el IRA!», proponía otro reivindicado por la UFF. En una bocacalle cabalgaba King William sobre un caballo blanco. Esta figura de King Billy, como se conoce familiarmente al rey Guillermo de Orange, es el símbolo más poderoso de los lealistas norirlandeses. A través de él se representa la victoria sobre el rey católico James II en la Batalla del Boyne en julio de 1690. El denominado *Twelfth*, o sea, «el doce de julio», se considera como la fiesta nacional de Irlanda del Norte al ser la fecha en la que se conmemora dicha victoria que supuso el restablecimiento de la sucesión protestante al trono británico.

Aquí la muerte y su memoria también merodeaban en cada esquina. En Disraeli Street un mural recordaba a Trevor King, «Teniente coronel de la compañía B del primer Batallón de Belfast de la UVF», cosido a balazos allí mismo por un grupo terrorista republicano, el INLA (Irish National Liberation Army). El dibujo de su rostro había sido rodeado de una corona de flores junto a las banderas del Ulster y del grupo terrorista. En un lateral destacaba el perfil de un hombre armado montando guardia. A unos metros, en Percy Street, las paredes también convocaban a los difuntos: «En recuerdo de aquellos que han entregado sus vidas y su libertad en la lucha por mantener el Ulster protestante». A lo lejos se distinguía con claridad Divis Flats, al fin y al cabo tan sólo mediaba una corta distancia atravesada por el dichoso muro. Quizá por ello los vecinos creyeron apropiado enfatizar en otra pared la siguiente aclaración: «En el Ulster no existen lo que algunos llaman áreas nacionalistas, únicamente áreas temporalmente ocupadas por nacionalistas».

En uno y otro lado de la «línea de la paz» se apreciaba cómo el espacio público había sido redefinido con un objetivo deliberadamente político. De esa forma las calles se convertían en un escenario más del enfrentamiento ideológico y los ciudadanos de a pie en combatientes de una lucha de cuyos símbolos eran incapaces de escapar, pues les perseguían cada día de sus vidas. El entorno moldeaba la cultura de guerra de la que cada bando extraía legitimación para sus acciones. De esa misma cultura se nutrían otros barrios del *sectarian divide* que, a diferencia de Falls y Shankill, no contaban con una demarcación física de su odio tan evidente como la que proporcionaba el muro. El *sectarian divide* no se circunscribía a un área determinada de la ciudad, se extendía como un virus diseccionando la geografía de Belfast en discontinuos retazos de religión. Al sur de Falls Road, la carretera conocida como el Westlink volvía a ejercer de frontera artificial con una zona eminentemente protestante, *The Village*. Aquí el paisaje presentaba pocas variaciones respecto a Shankill o Falls y, al igual que en ellas, sus habitantes también parecían comer de las eternas y profusas banderas. En todos

estos barrios la palabra libertad —*freedom*— se interpretaba de forma antagónica, como si fuera un soga tira que cada bando se esforzaba en arrebatar al contrario en su abnegada lucha. Los símbolos que emanaban de los murales desvelaban sin matices esta arraigada cultura. En uno de ellos, ubicado en la protestante Roden Street, junto a un terrorista con pasamontañas y fusil de asalto, los *Ulster Freedom Fighters* proclamaban: «No luchamos por la gloria, o por riquezas, o por honores, sino sólo por la libertad que ningún hombre bueno pierde al menos que sea a cambio de su vida». Al otro lado del *sectarian divide* otros *freedom fighters* diferentes también estaban dispuestos a dar sus vidas, en este caso a cambio de la libertad de Irlanda. Según el reverso de la moneda, unos eran los oprimidos y otros los opresores de la historia, los héroes o los villanos, las víctimas o los asesinos. Todos desempeñaban el mismo rol de manera simultánea. Católicos y protestantes, nacionalistas y unionistas, tenían mucho en común, a la vez que ningún motivo para ponerse de acuerdo.

En aquellos días de septiembre Belfast era una ciudad lánguida. A las cinco de la tarde los comercios y las oficinas echaban sus persianas de manera que en menos de una hora la ciudad quedaba prácticamente desierta. Las barbaridades de tantos años de conflicto habían alimentado un miedo que el mero alto el fuego del IRA no podía súbitamente relegar en el olvido como si fuera una pasajera brizna de aire. La desconfianza y la incertidumbre ante el fututo eran fácilmente perceptibles. Oficialmente todos los grupos terroristas, republicanos y lealistas, seguían en pie de guerra. El IRA había decretado el «cese completo de sus actividades militares», pero no había renunciado permanentemente a la violencia. Ésa era una de las razones por las que la ilusión despertada por su anuncio no alcanzaba a transformarse en desbordado optimismo. En el pasado había habido otras treguas y jamás llegaron a consolidarse. A su vez, la respuesta desde el bando contrario seguía invitando a la cautela, como dejaba muy claro una sucia pared de Shankill en la que la UFF había pintado el siguiente mensaje: «La guerra no ha terminado. Sólo acaba de empezar». Un día después de que el alto el fuego entrara en vigor, John O'Hanlan, un católico de 22 años, fue asesinado por esta organización protestante. Una semana más tarde, una bomba de escasa potencia colocada bajo los asientos de un tren procedente de Belfast estalló en la estación central de Dublín.

Los habitantes de la capital norirlandesa no saboreaban la euforia, sólo se permitían el lujo de imaginársela. Al anochecer, en los alrededores de la Universidad de Queen's la ciudad intentaba recobrar el pulso. Estudiantes y adolescentes disfrutaban del final del verano en *pubs* como Lavery's, The Eglantine o The Botanic Inn. En ellos la gente sólo parecía tener tiempo para

el ligue, la música y los litros de alcohol que iban y venían entre joviales carcajadas. Las prioridades que se habían establecido en estos recintos parecían ajenas al mundo que también latía en el exterior. Pero ni siquiera en estos locales de moda la vida transcurría con lo que yo entendía como absoluta normalidad. Durante la noche, al salir del *pub* seguían distinguiéndose con claridad las siluetas de los convoyes militares en su regular trasiego. No eran alucinaciones producto del alcohol, sino auténticas metralletas que sobresalían por encima del techo de los jeeps del ejército o desde las traseras de éstos. Además, el silencio de la madrugada realzaba el incómodo ronquido del omnipresente helicóptero que, encaramado en las alturas como una estrella más, deseaba felices sueños a su manera.

CAPÍTULO 4

OTOÑO DE 1994: EN BUSCA DE LA NORMALIDAD

«Hemos pasado de un conflicto sangriento a otro sin sangre, pero estamos todavía en un conflicto.» Eran las palabras de Ian Paisley júnior. Su padre es el famoso reverendo protestante Ian Paisley, probablemente la voz más crítica del nacionalismo y del catolicismo irlandés, y líder del DUP (Democratic Unionist Party), uno de los partidos unionistas norirlandeses que en las elecciones generales de 1992 obtuvo un 13,1% de votos. El hijo presentaba un aspecto menos temible que el del padre, cuyas fotografías en actitud exaltada, casi berreando, acusando a cualquier mortal de estar traicionando la causa unionista, habían dado la vuelta al mundo. A pesar del importante matiz, el refrán de tal palo tal astilla se cumplía fielmente. Padre e hijo no creían en ese proceso de paz que en Irlanda del Norte ya estaba en boca de todos. Para ellos el IRA había decretado el cese de la violencia debido a razones tácticas y sólo porque el gobierno británico e irlandés habían sellado con los republicanos, y a espaldas de los unionistas, un oscuro trato que desembocaría en la unificación entre el Norte y el Sur de Irlanda en contra de la voluntad de estos últimos. Éste era el argumento que Ian júnior defendió, sin lograr el mismo apasionamiento que el padre, en una conferencia celebrada en Belfast a finales del mes de septiembre de 1994.

Alex Atwood, destacado dirigente del SDLP (Social Democratic and Labour Party), la formación nacionalista más votada en Irlanda del Norte, ofreció una visión bien distinta: «Deberíamos olvidarnos de lo que ha ocurrido durante los últimos veinticinco años y empezar de nuevo». Este partido se ha opuesto siempre a la violencia desde su formación en 1970. A pesar de ello, y de que sus resultados electorales doblaban a los del Sinn Fein —23,5% frente a 10% en las elecciones de 1992— el IRA había continuado con su presunta «guerra de liberación» de Irlanda. Los políticos del SDLP habían sufrido también los ataques del IRA, organización que contemplaba con desprecio a un nacionalismo constitucional al que calificaban como «particionista», o sea, que aceptaba la partición de Irlanda y, por tanto, la legitimidad de Irlanda del Norte. Y sin embargo, Atwood apostaba firmemente por un proceso de paz en el que también se incluyera a Gerry Adams y a su gente.

Esa noción de borrón y cuenta nueva no era compartida por muchos de los que aquella tarde abarrotaban la sala en la que tenía lugar tan interesante debate. Lo dejó muy claro una de las personas que tomó la palabra y que tras definirse como «unionista» indicó: «No estoy dispuesto a negociar con asesinos. Los terroristas nos han estado exterminando durante casi treinta años y ahora quieren que negociemos con ellos nuestro futuro. Primero deben entregar sus armas y después ya hablaremos». Casi seguidamente, otro señor que rondaría los cincuenta apuntó: «Yo soy un republicano que jamás ha recibido justicia por parte de este sistema. A lo largo de mi vida he sufrido el abuso de la policía del RUC, cuyos miembros, protestantes en su mayoría, han reprimido violentamente a nuestra comunidad durante toda su historia. Los británicos y los unionistas nos han tratado siempre como ciudadanos de segunda clase, ¿cómo puedo creer en un estado artificial que se inventaron ellos para garantizar su dominación sobre la población nacionalista? La gente debe darse cuenta de esto y empezar a reconocer que la única solución a este conflicto es una Irlanda unida».

Tras el revuelo que dicha intervención desató, una señora de mediana edad ofreció su punto de vista con voz pausada: «No podemos mirar al pasado, tenemos que mirar hacia delante». Un joven encorbatado le siguió: «Para que haya paz debe haber verdaderos cambios en esta sociedad, empezando por la policía. No podemos hablar de un nuevo futuro cuando los representantes de la ley y el orden público no son aceptados por una gran parte de la población». Como si se tratara de un partido de tenis, su planteamiento también encontró respuesta desde otro ángulo de la sala: «No sabemos si el alto el fuego va a ser permanente. ¿Por qué han parado ahora y no antes? ¿Qué es lo que pretenden con ello? ¿Acaso quie-

ren tomarse un respiro para volver a la guerra si las cosas no salen a su manera?».

Los interrogantes que allí se escuchaban constituían una muestra muy representativa de las inquietudes y dudas que asaltaban a los norirlandeses por aquellas fechas. Sin embargo, frente a todas esas incertidumbres emergía una certeza innegable: la falta de comunicación y de confianza entre las dos comunidades parecía un muro tan insalvable como el que dividía físicamente a católicos y protestantes. Los asistentes se intercambiaban sus opiniones entre el rumor de comentarios no precisamente muy respetuosos. Las interrupciones a quienes intentaban articular sus ideas no permitían construir un diálogo nítido y fluido, y cuando poco a poco se iban expresando diferentes puntos de vista, afloraba un abismo digno de consideración. A pesar de la turbia atmósfera que en algunos momentos se respiraba, Sean Fleming, un periodista acostumbrado al lenguaje de los políticos que desde la butaca de al lado grabó pacientemente todas las intervenciones, apuntó: «Después de todo, el experimento no ha salido tan mal, ¿no?». Me costó trabajo disimular mi incredulidad, pero pensé que quizá semejante optimismo estuviera inspirado en la filosofía del célebre proverbio chino que habla de que «el viaje de un millar de millas comienza con un simple paso».

Sin duda alguna, el camino que Irlanda del Norte debía recorrer si quería escapar del agujero en el que su lacerante historia le había sumido no era corto. El alto el fuego del IRA podía considerarse como un primer paso, que fue seguido de otro en la misma dirección cuando el 13 de octubre las principales organizaciones terroristas unionistas también decretaron el cese de su campaña de violencia. Aquel día de otoño varios representantes de dichas formaciones, agrupados en una suerte de alianza bautizada como el CLMC (Combined Loyalist Military Command), convocaron a los medios de comunicación en el oeste de Belfast para hacer público el inicio del alto el fuego. Detrás de una mesa flanqueada por la bandera británica se sentaron siete hombres: David Adams, Gary McMichael, John White, David Ervine, William Smith, Jim McDonald y Gusty Spence. Todos aparecían trajeados y encorbatados, como si quisieran ocultar los largos años de cárcel que entre ellos habían acumulado. Los tres primeros eran miembros del UDP (Ulster Democratic Party), partido considerado como la rama política de la UFF. El resto pertenecían al PUP (Progressive Unionist Party), que mantenía la misma relación con la UVF. Envolviendo sus movimientos en un aura de misterio, Spence sacó de un sobre blanco una hoja que comenzó a leer con solemnidad, consciente de que su nombre estaba adquiriendo un nuevo pie de página en la historia. El texto advertía que «la permanencia de nuestro alto el fuego dependerá completamente de la continuidad del cese

de toda violencia nacionalista/republicana. Sobre ellos [por el IRA] recae toda la responsabilidad de una vuelta a la guerra». Siguió leyendo para rendir tributo a «nuestros combatientes, comandos y voluntarios que han pagado el supremo sacrificio», y, como si sus palabras pudieran ahora serles de algún alivio, añadió: «No murieron en vano. La Unión [entre Irlanda del Norte y Gran Bretaña] está a salvo». Pero fue uno de los últimos párrafos el que llamó mi atención especialmente: «Con toda sinceridad ofrecemos nuestro humilde y auténtico remordimiento a los seres queridos de todas las víctimas inocentes a lo largo de los últimos veinticinco años. Nada de lo que podamos decir compensará el sufrimiento intolerable que han padecido durante el conflicto». Esa «sincera» admisión les valió múltiples alabanzas a los paramilitares lealistas, pero en mi cabeza el eco de dos palabras, «víctimas inocentes», no acababa de sonar bien del todo. ¿Quién determinaba cuáles eran las víctimas inocentes y cuáles no? ¿Qué criterios debían respetarse para establecer dicha clasificación? ¿Era un votante del Sinn Fein inocente o culpable? ¿Y de qué era inocente o culpable? ¿En qué categoría había que incluir a aquellos católicos asesinados por el mero hecho de serlo? ¿Era James Moore, el anciano de 81 años asesinado en el bar de Greysteel un año antes, una de esas víctimas inocentes? El tiempo no tardaría en responder a estas preguntas.

Después de concluir el acto, Gusty Spence fue fotografiado desde todos los perfiles posibles. Este hombre sin apenas pelo y con cara de abuelo que se dejó dieciocho años entre rejas, es considerado como uno de los padres de la UVF actual. Los lealistas cantan sus glorias en una canción titulada *Nuestro muchacho Gusty:* «Por todos sus actos leales por el Ulster le cayeron veinte años, por ser, oh, tan leal, y por intentar quitarnos de encima a los fenianos —nombre despectivo con el que los lealistas se refieren a los católicos—. Le cayeron veinte años por intentar mantener libre nuestra amada Shankill. Pero si va haber otra pelea en este lugar, lo que necesitamos son muchachos como Gusty. Le cayeron veinte años, pero en nuestra historia será recordado como un héroe». Cerca de él, en el fondo de la habitación, intocables por los objetivos de las cámaras, varios hombres con pendiente y adusta mirada seguían atentamente el evento. Eran los discípulos de Gusty, los que dieron el visto bueno a la declaración de alto el fuego y los que habían sido persuadidos para dejar de apretar el gatillo. Los periodistas les miraban, pero nadie osaba apuntar sus cámaras contra ellos. Si la paz quería despegar, no era ningún secreto que ésos eran los tipos a los que había que mantener contentos. En los próximos años iba a conocer a muchos de esos mismos *combatientes* y *voluntarios* a los que Gusty hizo mención en su comunicado. La mayoría de ellos jamás confesó el más mínimo remordimiento por sus crímenes.

Las noticias del alto el fuego lealista fueron recibidas como si a Irlanda del Norte le hubiese caído el gordo de la lotería. La revista local *Fortnight* reflejó las expectativas despertadas con una simpática portada que evocaba a los grandes *films* de Hollywood: «Después del éxito de *Alto el fuego I*, ya está en su comunidad *Alto el fuego II*». En la parte inferior de la página se especulaba con un posible encuentro entre el primer ministro británico, John Major, y Gerry Adams, parafraseando el título de la célebre película de Meg Ryan y Billy Crystal: «Y muy pronto: *Cuando Gerry encontró a Johny*». El propio Major visitó Belfast el 21 de octubre con el objeto de mantener el ímpetu generado por el alto el fuego de los terroristas de ambos bandos. Aquella noche el premier cenó en Saints and Scholars, un lujoso restaurante situado en la zona de la Universidad, al sur de la ciudad. Los alrededores estaban anegados de patrullas militares, algunas de ellas reforzadas con pastores alemanes que olfateaban celosamente cualquier alcantarilla, hueco o esquina. Por supuesto, el helicóptero no perdía detalle de todo lo que acontecía y, por si acaso se despistaba, otro hermano gemelo le acompañaba en su misión. Los colegiales de Methody, un colegio próximo, y los estudiantes de la Universidad apenas reparaban en el despliegue de uniformes de camuflaje. Es cierto que alguna que otra mirada se fijaba en ellos, pero sin duda eran las menos.

Lo que no pasó desapercibido para los estudiantes de Belfast fue el miércoles 30 de noviembre. Ese día los *pubs* locales organizaron una noche de fiesta con la que se pretendía celebrar las que prometían ser las ya inminentes primeras Navidades en paz. Todos ellos acordaron reducir el precio del whisky y de la cerveza a una libra y regalar las bebidas que no tuvieran alcohol. Con este gesto los sufridos bares pretendían atraer a una clientela que la violencia de tantos años había espantado. A lo largo de las dos largas décadas de conflicto el número de *pubs* había disminuido dramáticamente. En un solo año, 1976, más de 400 locales se vieron obligados a cerrar. Los garitos de este tipo fueron objetivos fáciles que al desaparecer permitían la proliferación de lo que se denominaba como clubes, unos negocios que aportaban a los paramilitares un jugoso medio de financiación. También se decía que la mayoría de los *pubs*, hoteles y restaurantes que habían sobrevivido no habían logrado escapar a las garras de los paramilitares, quienes les exigían regularmente el pago de una cierta cantidad de dinero. Así era la ciudad que vivió aquella noche de finales de noviembre como si fuera todo un acontecimiento, con un hambre voraz de diversión. El Four in Hand de Lisburn Road, donde nos tomamos la primera, estaba a rebosar. Era como si nadie pudiera quedarse en casa y la gente se hubiera contagiado de una alegría colectiva. Se bebía y se celebraba con esa emoción que parece reservada sólo para las grandes ocasiones.

A medida que avanzaba el otoño percibía cómo Irlanda del Norte se esforzaba por recobrar la confianza perdida. Pero el viaje emprendido era lento y la realidad seguía ofreciendo una amalgama de estéticas desconcertantes. Una noche, mientras paseaba por el centro de la ciudad, me encontré con varios vehículos blindados junto a una nube de policías y soldados que desviaban el tráfico en Howard Street. Las radios de los oficiales susurraban mensajes que no alcanzaba a entender. Uno de ellos satisfizo a los curiosos y explicó que un coche había sido robado y abandonado en medio de la calle. Otro BMW que circulaba por detrás no se percató a tiempo y le golpeó. Unos instantes después la escena sobrepasaba de nuevo a esas películas americanas de tiros, delincuentes sin escrúpulos y persecuciones espectaculares que tan exageradas nos parecen cuando las vemos desde el sofá de casa. Seguía sin acostumbrarme a esas reacciones que un compañero de clase, Clive Scoular, achacaba a la precaria situación en términos de seguridad: «Todavía es muy pronto y la policía no sabe qué es lo que hay detrás de cada llamada que reciben. Deben sospechar de todo y de todos, por eso nada es desproporcionado», me explicaba Clive, que ya había cumplido los cuarenta y que aparentaba no haber roto un plato en su vida.

Belfast era como una ciudad que, con un ansia casi desesperada, intentaba inventarse una normalidad hasta entonces desconocida. Y lo hacía en medio de una arraigada división que trascendía las múltiples y visibles barreras físicas erigidas entre católicos y protestantes. Ambas comunidades comparten una lengua madre, el inglés, pero también puede decirse que cada una de ellas habla una «segunda lengua madre». Unos y otros utilizan términos diferentes para referirse a cosas que, aparentemente, son iguales. Por ejemplo: muchos católicos no suelen hablar de «Irlanda del Norte», sino de «el norte de Irlanda» o «los seis condados», pues consideran ilegítima la partición de Irlanda que dio lugar a la creación de lo que ellos califican como una entidad artificial. En cambio, los protestantes sí emplean el término «Irlanda del Norte» y, como sinónimo suyo, el de «la Provincia» o «el Ulster». Algunos católicos usan invariablemente «Irlanda del Norte» y el «norte de Irlanda», reflejando que entre los nacionalistas la mayoría de ellos acepta el *statu quo* de Irlanda del Norte como parte del Reino Unido, pero aspira a que las dos partes de la isla se unifiquen en el futuro, pero sólo pacíficamente y si la mayor parte de la población norirlandesa así lo deseara. La segunda ciudad de la región tiene dos nombres: Derry, para los católicos e incluso para algunos protestantes, y Londonderry, para otros protestantes. La expresión *the mainland* con la que los protestantes aluden a Gran Bretaña, no es aceptable para los católicos. Cualquier conversación te ofrece pistas inequívocas sobre la persona con la que estás hablando. Si se desea

confirmar las intuiciones, no hay más que preguntar por el nombre de tu interlocutor, el colegio en el que estudió o el equipo de fútbol del que es hincha. Los católicos apoyan al Cliftonville en la liga local, o al Celtic en la liga escocesa. En cambio, los protestantes siguen al Linfield y al escocés Glasgow Rangers. Las palabras con «h» también son reveladoras, pues unos y otros las pronuncian de forma distinta. Todos estos datos conforman el verdadero carné de identidad de los norirlandeses. Si después de que una persona te lo ha mostrado todavía no aciertas a adivinar si estás enfrente de un católico o de un protestante, entonces, definitivamente, no te encuentras en Irlanda del Norte.

Aquí no es el color de la piel el que distingue, sino el verbo. Es una manera útil, y poco sutil, de asignar etiquetas en un lugar en el que siempre conviene saber con quién se está hablando. También sirve para prejuzgar al prójimo, como pronto me quedó muy claro. Una noche la televisión local UTV (Ulster Television) emitió un programa en el que varias personas expresaban sus opiniones sobre los momentos que estaba viviendo Irlanda del Norte. Entre las entrevistadas se hallaba una madre que había perdido a su hijo durante los *Troubles* y que constantemente recurría a términos como «el proceso de paz» y «el norte de Irlanda». Un amigo protestante con el que me encontraba no pudo contener su rabia ante lo que calificó como «propaganda de una jodida *provo* —miembro del IRA—». La buena mujer no hizo alusión ninguna a organizaciones políticas o terroristas o al gobierno británico, tan sólo se limitó a mostrar su esperanza de que «el proceso de paz en el norte de Irlanda» evitara que otras madres sufrieran la agonía que ella había padecido. Sin embargo, para este amigo que había crecido en Shankill Road, las palabras elegidas eran tan certeras como balas. «Por supuesto que es una republicana, escucha cómo habla», me gritaba enfurecido mientras le preguntaba que por qué la madre en cuestión tenía que ser tan *malvada*. Al día siguiente, la reacción de Kevin, un compañero de residencia que provenía de Newry, me confirmó que en Irlanda del Norte existía una generalizada creencia de que nada era casual, y mucho menos el lenguaje. Para él, otro de los entrevistados en el citado programa, que tampoco mostró afiliación política ninguna —al menos eso creía yo—, era «un jodido *prod* —nombre con el que se designa a los protestantes— que sólo quiere joder a los nacionalistas». ¿Habíamos visto la misma cadena? Por supuesto. Mi problema era que todavía no me había hecho con el decodificador.

A lo largo del conflicto la música tampoco consiguió escapar de los prejuicios, evidenciando cómo la política había corrompido a la cultura miserablemente. La música tradicional irlandesa se encasillaba dentro de la cultura nacionalista y, por lo tanto, aquellos que la practicaban o escuchaban *debían*

ser católicos. Un par de años atrás, los paramilitares protestantes llegaron a amenazar a quienes frecuentaban los locales en los que se tocaba música tradicional irlandesa, lugares a los que también asignaron la cínica etiqueta de «objetivos legítimos». El Lisbarnett House hubiese encajado perfectamente en esta absurda categorización a pesar de que se encontraba en un pueblecito eminentemente protestante, Killinchy, y los clientes eran en su mayoría de dicha confesión. Los miércoles un grupo de músicos se reunían en este acogedor *pub* en torno a unas pintas de cerveza para celebrar una sesión con violines, mandolinas, *bodhrán* —un especie de pandereta, pero de mayor tamaño, que se toca con una baqueta abombada en sus dos extremos—, *tin whistle* —una pequeña flauta típicamente irlandesa— y otros instrumentos. Aquella noche Geordie McAdam tocaba con admirable destreza todo tipo de *jigs*, como se conocen a las piezas de este tipo de música, sin importarle el aparatoso vendaje que cubría uno de sus dedos. Este hombre vivía por y para la música y le repateaban los estereotipos que tanto proliferaban en Irlanda del Norte. «Yo soy protestante, o al menos esa es la matrícula que se me ha asignado. Una ley no escrita dice que los que son como yo no pueden amar la música de este tipo. Bien, pues eso es una soberana estupidez. La música tradicional irlandesa es parte de mi cultura igual que lo es la escocesa. Nuestra historia y nuestra geografía nos han brindado numerosas influencias y negar una riqueza cultural como la nuestra sería un crimen. ¿Qué importa que yo toque este estilo de música para que tenga una opinión política u otra o para que sea una clase de persona u otra? Son tonterías», se quejaba mientras acariciaba con mimo su violín.

La politización de la cultura se extendía también a la lengua. Al igual que ocurría con la música, el gaélico se había convertido en sinónimo de nacionalista o católico. A muy pocos parecía importarles que la primera traducción de la Biblia a dicha lengua fuera llevada a cabo por presbiterianos nada más y nada menos que en el siglo XVII, mientras que la Iglesia católica no la tradujo hasta 1970. Séamas Donelly batallaba por purificar a la lengua alejándola de ese fuerte contenido político del que estaba impregnada. Ese era el objetivo de su asociación, «Cluan Ard», que traducido del gaélico significaba «Prado Alto». En ella intentaban promover la cultura irlandesa y elementos de la misma como la lengua y la música tradicional a través de diversas actividades que celebraban en su local, situado en Hawthorn Street, una bocacalle junto a Falls Road. La ubicación del centro, en una de las mayores zonas de influencia del Sinn Fein, no hacía más sencilla su tarea, pues este partido también intentaba aprovechar políticamente para sus fines nacionalistas un arma tan útil como la lengua. Como me explicó Séamas, el pasado les había enseñado bien. Entre finales del siglo XVIII y principios del XIX

se produjo el ensalzamiento del gaélico como parte de la idealización de un nacionalismo irlandés que necesariamente se identificaba como una filosofía anglófoba. Este resurgimiento celta, como fue definido, representaba la búsqueda de unas señas de identidad auténticamente irlandesas y fue aprovechado por aquellos que reivindicaban una mayor independencia política de Gran Bretaña. Patrick Pearse, uno de los dirigentes republicanos que en la Pascua de 1916 se sublevaron contra los ingleses, cultivó un nacionalismo en el que la lengua ocupaba un lugar preeminente. En esa época se consolidó la asociación del irlandés con el republicanismo violento, contribuyendo a restringir su utilización a una sola comunidad. Se había logrado convertir el gaélico en un instrumento de un nacionalismo irlandés que excluía a quienes no participaban de una cultura puramente celta. Séamas consideraba que una de las razones por las que en el siglo XVIII se acometió el resurgimiento de la lengua con ese ímpetu que resultó ser tan dañino, se hallaba en que durante mucho tiempo se había considerado inferiores a quienes la hablaban. «Eso hizo que gente como Douglas Hyde, uno de las figuras más destacadas del movimiento del resurgir gaélico, pensara que la única forma de salvar la cultura irlandesa era destruyendo la inglesa», me decía.

Séamas criticaba la actitud de quienes se valían de la lengua para librar su propia guerra política. Utilizaba el término «republicanos de sábado noche» para describir a aquellos simpatizantes del IRA y del Sinn Fein que sólo eran capaces de chapurrear un par de palabras en gaélico y que, sin hacer ningún esfuerzo por aprenderlo, idealizaban una lengua que, según ellos, los británicos estaban haciendo desaparecer. «Les encanta rodear a la cultura de un aura romántica, pero a muchos de ellos les importa verdaderamente poco o nada. La mayoría de la gente, incluso en áreas como éstas tan nacionalistas, no es capaz de mantener una conversación en gaélico, pero tampoco les preocupa. Cuando el Sinn Fein nos ha pedido nuestro centro para organizar algún acto público, siempre les hemos dejado muy claro que sólo se lo cederíamos si tenía lugar en gaélico. Pero, claro, el problema que eso les crea es que no es mucha la gente que entiende el idioma», contaba.

La noche en la que visité el «Cluan Ard» se estaba celebrando un *céilí*, cuya traducción del gaélico viene a ser algo así como una «reunión de amigos». La palabra tenía su origen en las visitas que antiguamente los vecinos se hacían para charlar e intercambiar historias y cotilleos locales. Con el paso del tiempo en ellas también comenzó a tener cabida la música y las danzas tradicionales, hasta convertirse en el entretenimiento social más popular de la Irlanda rural hasta bien entrado este siglo. Séamas me invitó a unirme a mujeres, hombres y niños de todas las edades que en una amplia sala disfrutaban de la música y el baile. A pesar de las indicaciones de una